

que cambiaban á cada servicio, y hacían llover flores y esencias sobre los convidados : *Ut subinde alinde alia facies atque alia succedat, et toties lecta quoties fercula mutantur*; Séneca, ep. 29. *Cenationes laqueata tabulis eburneis versatilibus, ut flores ex fistulis et unguenta desuper spargerentur* : Suetonio, *in Nerone*, cap. 13. Luego cada día fué creciendo el lujo, sin embargo de que disminuyeron las fortunas; y Heliofáballo excedió á Neron tanto como Neron había excedido á Lúculo.

Entre los Romanos primitivos la mesa era de forma redonda; de madera que venía de sus bosques, y cortada por sus operarios. Pero á lo que hubieron pasado á África y Asia, primeramente imitaron á aquellos pueblos, y despues les ganaron en esto como en todo lo demas. Variaban las formas de las mesas, y como no ponían manteles, fué menester hacerlas de una materia brillante y hermosa, marfil, concha de tortuga, raíz de boj y de arce, y hasta cedro, y todo lo mas raro que daba el África fecunda en singularidades. No contentos con esto, las adornaban con hojas de bronce, de plata, y de oro, y las engastaban con preciosas pedrerías en forma de coronas.

El modo de estar en la mesa no fué él mismo en todos tiempos para los Romanos. Antes de la segunda guerra púnica, se sentaban en bancos de madera lisos, y Escipion el Africano fué el primero que llevó de Cartago camillas, que durante mucho tiempo fueron llamadas *punisas* ó *arcáicos*, de madera muy comun, bajas, llenas de paja ó heno, y cubiertas con pieles de cabra ó de carnero; pero el frecuente uso de los baños, que se introdujo en aquel entónces, hizo que los hombres creyeran cobrar mas fuerzas estando acostados que sentados.

Digo *los hombres*, pues en su principio no creyeron las mujeres que fuese decorosa esta novedad para su modestia, y conservaron el modo antiguo miéntras duró la República; pero despues, á eso del año 320 de la era cristiana, se conformaron con la costumbre de los hombres. Los jóvenes que no habían vestido la toga viril, se vieron obligados mucho tiempo mas á la disciplina antigua; cuando se les admitía á la mesa, tenían que sentarse al cabo de la camilla de sus próximos parientes. « Jamas (dice Suetonio) los jóvenes Césares Cayo y Lucio comieron á la mesa de Augusto sin estar sentados *in imo loco*, » ó como dice Tácito, *ad lecti fultura*.

Las camillas, que eran de la mayor sencillez, pasaron en muy corto tiempo á ser de una estúpida riqueza. Plinio (lib. XXXV, c. 11) dice que no era nada nuevo, en los tiempos de Augusto, verlas enteramente cubiertas con hojas de plata, guarnecidas con los mas blandos plumones y las colchas mas ricas.

Callo muchos y largos pasos de Plinio, Séneca y todos los poetas sobre la materia y la forma de aquellas camillas, la púrpura escogida, y los bordados tan acabados: y tanto mas cuanto que

Ciacconio desarrolló este tema con mucha extension (*De triclinio*): y me contento con poner de manifesto el contraste que hace con aquel verso de Ovidio que tan bien expresa la antigua pobreza: « Las camillas de nuestros padres solo tenían yerbas y hojas por adornos, y nada mas que las de los ricos estaban cubiertas de pieles:

Qui poterat pelles addere, dives erat. »

Por lo regular se colocaban tres de aquellas camillas al rededor de una mesa cuadrada, cuya circunstancia hizo que tanto á la mesa como al comedor se diera el nombre de *triclinium*; por manera que siempre quedaba vacío y desembarazado para el servicio uno de los lados.

En cada cama podían coger tres, cuatro, y con dificultad cinco personas; y tenían de cuatro á cinco piés de alto. Los convidados iban á ellas al salir del baño con un vestido, que no servía mas que para esto, y que ellos llamaban *vestis cenatoria, triclinaria, convivalis*. Acostumbraba ser blanco, particularmente en los días de alguna solemnidad: y tanto entre los Romanos como entre los Orientales era una falta presentarse en la sala del convite con otro traje que aquel.

No tengo presente haber leído que las mujeres se quitáran el calzado, ni se laváran y untáran los piés cuando se echaban en aquellas camas; pero sí los hombres, para no exponer al barro y al polvo las preciosas telas de que estaban cubiertas aquellas camas.

Plutarco en su libro primero de las *Cuestiones de festines* propone esta duda: « Si debe el dueño de la casa señalar á cada convidado su puesto, ó si debe dejar á cada uno la facultad de tomar el que le guste; » y sobre este punto refiere el siguiente caso. « Mi hermano Timon (dice) habiendo convidado á varios amigos tanto ciudadanos como extranjeros, y no queriendo disgustar á nadie con el ceremonial, les suplicó que se colocáran como les pareciera. Algun tiempo despues se presentó en la puerta de la sala un personaje de muy alto bordo, una especie de capitán puesto muy ricamente, y acompañado de un crecido número de criados; echó una mirada sobre cada persona de la sociedad, y se volvió sin decir una palabra.

» Se levantaron algunos para correr tras él; pero él respondió con mucha frialdad, que no veía que se le hubiera reservado un puesto digno de él. Como los convidados empezaban á sentir ya los humos del vino, se echaron á reír al ver aquella aparición, y hubo quien dijo en alta voz que aquel quidam estaba mas bien su lugar en la puerta que en la mesa. »

Poco despues no deja Plutarco de promover esta otra cuestion: « ¿Cuál es el lugar de un cónsul, y por qué motivo es el mas honroso despues del del dueño de la casa? » Y despues de haber referido el dictámen de los Griegos y los Persas, decide que es el primero de la cama del medio, y aduce dos motivos. El primero es, que

despues del bando de los reyes, los cónsules, para no ofuscar á sus conciudadanos hasta en el santuario de la libertad, se retiraron del puesto que habían ocupado en la mesa aquellos príncipes, lo dejaron para el dueño de la casa, y se pusieron un grado mas abajo. El segundo es que, habiendo siempre dos camas para los amigos, está puesto en razon que quien da el convite, tenga siempre bajo sus ojos á sus criados, vea lo que pasa, y esté en estado de dar sus órdenes y de entretener á sus convidados hablándoles familiarmente. Pues el puesto mas oportuno para el caso es la segunda cama del medio. Su mujer viene inmediatamente despues de él, *in ejus sinu*. Así el puesto mas honroso despues de estos dos es el que está ántes, es decir, el primero de la misma cama. Al mismo tiempo este es, añade el mismo autor, el mas propio á la dignidad de un primer magistrado. En el espacio que queda entre ambos, él puede con desahogo recibir á los que vengan á traerle noticias del ejército, ó de los demas negocios públicos que pertenecen á su ministerio.

Como entre los Romanos eran mirados lo mismo que unas sombras y unos parásitos los que llamaba ó toleraba el dueño de la casa, y los que acompañaban á los convidados, como lo eran en casa de Nasidieno un tal Nomentano, un tal Visco Turino, un tal Vario, y otros, *quos Mæcenas adduxerat umbras*, se les destinaba la última de las tres camas, esto es, la que había á la izquierda de la del medio. En tiempo de los emperadores hubo un maestro de ceremonias encargado de hacer guardar este orden, á lo cual en los primeros tiempos atendía el dueño de la casa.

Extraño parecerá que aun mucho tiempo despues del siglo de Augusto no se dieran servilletas á los convidados, y que tuvieran ellos mismos que llevarlas.

Estando todo arreglado por este tenor, se llevaba y ponía en un lugar elevado el aparador con vasos mas ó ménos preciosos y tazas que se iban poniendo delante de cada comensal. Despues de la distribucion de las tazas, se servían la comida, pero no siempre plato por plato, como hace notar el verso de Horacio:

Afferitur squillas inter muræna natantes
In patina porrectæ;

y este otro:

... Tum pectore adusto
Vidimus et merulas poni, et sine cluæ palumbes;

sino que á menudo se servían muchos platos á la vez en una mesa portátil. Servio, comentando aquello de Virgilio *postquam exempta famæ epulis mensæque remotæ*, asegura que se llevaban hermosas mesas y bien provistas, *quia apud antiquos mensas apponebant pro discis*. Ateneo está de acuerdo con Servio: « Se llevaban (dice) y se volvían á llevar las mesas. »

T. VII.

Marcial (lib. IV, epigr. *in Anniun*) no admite semejantes mesas ambulantes:

Has vobis epulas habete, lauti;
Nos offendimur ambulante cœna.

Hay, pues, ejemplos de uno y otro en los escritores antiguos; y hay error en creer que, por haberse hallado un paso que dice de cierto modo, hayan de entenderlo los demas autores en el mismo sentido.

El primer servicio consiste regularmente en huevos frescos y lechugas, lo mismo que el segundo concluía con frutas: *Integram famem ad arem affero*, dice Ciceron; de donde proviene el proverbio, *ab ovo usque ad mala*, queriendo decir desde el principio hasta el fin. Varron (*De re rustica*, lib. I, c. 2) no deja de decir que alguna vez se concluía por donde se había principiado, por los huevos; y el ejemplo que de ello cita, explica cierto punto de antigüedad que atañe los juegos del circo y la pompa de Cérés: Ateneo es del mismo modo de sentir que Varron.

Los esclavos empleados en el servicio vestían con elegancia y se ceñían con servilletas blancas. Séneca los llama *agmen servorum, nitentium, et ministrorum ornatissimorum turba, linteis succinta*. Estos iban seguidos de un ugiar de vianda, que la cortaba con destreza, y muchas veces con compas. Séneca en la *epist.* 47 dice: *Alius pretiosas aves scindit, et per pectus et clunes certis ductibus circumferens eruditam, manum in frustra excutit*. Y poco despues: *Quanta celeritate, signo dato, gladii ad ministeria decurrunt!* Dice tambien Juvenal en la *sátira* V:

Structorem interea, ne qua indignatio desit,
Saltantem spectas, et cheironomounta volanti
Caltello, etc.

Había algunos que estaban encargados de la alacena, y que se cuidaban unos del vino, otros del agua caliente y fria, otros de los vasos y de las tazas cuando era menester cambiarlas, lo cual sucedía con mucha frecuencia á lo que se pasaba á la francachela, *cum majoribus poculis posebatur*.

Los días de grandes convites los esclavos, y tambien los que de su casa se había llevado cada convidado, y que permanecían en pié á los piés de sus dueños, *servi ad pedes*, eran coronados de flores y hojas lo mismo que los convidados, y entónces todo contribuía al buen humor.

Si había un pescado ó una ave de mucho valor ó raro, se llevaba á son de flautas y caramillo: redoblaba el júbilo, y el amo de la fiesta se creía ampliamente recompensado con las aclamaciones de toda la reunion. Macrobio cita una carta de Samónico Sereno, el cual congratulaba al emperador Severo por los honores que había tributado á un esturion, y particularmente por el restablecimiento de aquella costumbre: *Gratiam ejus video ad epulas*

quasi postliminio rediisse; quippe qui dignatione vestra intersum consilio vestro, animadverto hunc piscem à coronatis ministris inferri.

Entonces se multiplicaban los servicios, y por mas que siempre se conservaran las mismas expresiones de primera y segunda mesa, *primæ et secundæ mensæ* durante el banquete, estos dos servicios se subdividían en otros varios. El primero comprendía la menestra y ciertos platos que consistían en huevos y lechugas, en vinos enmelados, según el precepto:

... Vacuis committere venis
Nil nisi lene decet.

Después de esto venían las carnes sólidas, los guisados y los asados. El segundo servicio comprendía las frutas crudas, cocidas y confitadas, las tortas y las golosinas que los Griegos llamaban *μελιπάρτα* y los Latinos *dulciaria* y *bellaria*.

«La mesa del emperador Pertinacio (dice Capitolino) por lo comun no constaba mas que de tres servicios, por mas gente que tuviera á comer: al paso que la del emperador Heliogábalo llegaba á veces hasta veintidos, y al fin de cada servicio todos se lavaban las manos, lo mismo que si estuviera concluido el banquete; pues habia el uso de lavarse así al principio como al fin: *Exhibuit aliquando tale convivium, ut haberet vigintiduo feracula ingentium epulorum et per singula lavarent.*» Yo no me hubiera metido á hablar de tan grande profusion, á no haber sido imitada por otros; pero es harto notorio que lo que se hace en la corte no pone mucho tiempo en entrar en las costumbres de la ciudad. Diré aun mas: habia ya quedado sin castigo 270 años ántes de Heliogábalo, y Lúculo habia gastado hasta mil escudos en un solo banquete. Se le habria perdonado, merced á la hospitalidad, si esto hubiera acontecido para obsequiar mas bien á sus amigos; pero él no hacia gran diferencia cuando estaba solo. Cierta dia, dice Plutarco, dió un grave sonrojo á su mayordomo porque le habia hecho preparar una cena ménos suntuosa. Habiendo querido excusarse el mayordomo con decir que Lúculo mismo le habia dicho que aquel dia no habia nadie: — ¿Pues qué (respondió aquel altivo ciudadano)? ¿no sabías tú acaso que Lúculo tenia que cenar en casa de Lúculo?

¿Qué comparacion entre los antiguos, los cuales ni tampoco sabían lo que era un cocinero, y en sus huertas y en sus campos hallaban con qué convidar amigos y vecinos los dias de las mayores fiestas; y estos que después de dejar exhaustos el mar y las selvas de los alrededores, mandan venir de las provincias mas lejanas lo que se proponen servir á sus convidados en caso de banquete extraordinario! Verdad es que cuando un amigo, un pariente ó un vecino no habia podido asistir á un banquete

al cual habia sido convidado, se le mandaban porciones, y esto es lo que se llamaba *partes mittere* ó *de mensa mittere*.

No emprenderé el cálculo de los platos, ni de los vinos que se consumían en aquellas mesas, según la estación, el antojo, el gusto y las facultades del dueño; no hay mas que leer la narracion que hace Horacio del banquete de Nasidieno, y Árbitro de la cena de Trimalcion. Cállo igualmente las lecciones que se aprendían en la escuela de Apicio, en una ciudad en la cual se habian metido primeramente los filósofos; y para enterar á los curiosos sobre esta materia bastará el *Catius* de Horacio.

Las que Varron, Ciceron, Horacio, Virgilio y todos los demás escritores posteriores llamaron *mensæ secundæ*, no se diferenciaban mucho de las otras partes de la cena; pero no servían tanto para los hombres como para las mujeres, las cuales después se iban de la mesa con sus hijos, si tras la comida debia haber algun espectáculo, en el que no les dejara tomar parte el recato; pues aquella parte de día no se pasaba enteramente en comer y beber.

Poco después que quedó establecida la República, se cantaban en los convites las alabanzas de los grandes hombres con acompañamiento de flautas, á cuyo instrumento después se añadió la lira. Esto era para los circunstantes un estímulo hácia la verdadera gloria; pero lo que en su principio se habia introducido con buen fin, mas tarde degeneró. Los Romanos, así que hubieron vencido á los Asiáticos, aprendieron de ellos nuevas especies de placeres; pasaron á ser de moda los chocarrereros, los comediantes, los tocadores de instrumentos, las bailarinas y los pantomimos, y ya no se dió ningun convite festivo sin todo este aparato extranjero (Livio, XXXIX, 6.); entonces apuntó la alborada de lo que debia verse después. Séneca (que cito con frecuencia por haber sabido por medio de su bilis muchas cosas que me hubiera sido imposible saber por conducto de otra alma mas benigna é indulgente por las faltas de su siglo), Séneca *De vita beata*, hace el siguiente retrato del hombre sensual: «Estáis viendo un tal Apicio, tendido en su cama, desde la cual contempla la magnificencia de su mesa; contenta sus oídos con los mas armoniosos conciertos, su vista con los espectáculos mas atractivos, su olfato con los perfumes mas exquisitos, y su paladar con las carnes mas sabrosas.»

Hablando de aquellos espectáculos, no debo dejar de decir que una vez mandó venir á una cena el emperador Augusto á un pantomimo, llamado Pilades, muy encarecido en el arte de representar los furros de Hércules en los teatros públicos, y le hizo repetir la misma accion. Pilades, que en medio de su excesivo furor habia echado saetas al pueblo, empezaba ya á hacer otro tanto con los convidados, y si le hubieran dejado continuar, no habria dejado de ensangrentar la escena.

Suetonio nos ha conservado tres cartas del

mismo emperador, en las cuales se habla de los placeres mas tranquilos. Las dos primeras van dirigidas á Tiberio, á quien da cuenta de lo que aconteció en dos cenas. «Cené (le dice) con las mismas personas que tú sabes, solo que teníamos tambien á Vinicio y á Silio el padre; y cenando lo mismo ayer que hoy, jugamos con mucha prudencia, y como buenos viejos, y *εροντικῶς*.» En la segunda carta: «Mucho nos divertimos durante las fiestas de Minerva; no solo jugamos durante la cena, mas tambien en todo metimos el placer del juego.» En la tercera, escrita á su hija, le manda doscientos cincuenta dineros por haber dado él una suma igual á cada uno de sus convidados para jugar á pares y nones, á los dados, ó á cualquier otro juego que les gustara durante la cena.

Plauto, Cátulo y Propercio hablan de aquellos juegos de mesa casi en los mismos términos. Pero lo que escribe Plinio á Corneliano en el libro VI, ep. 32, designa de un modo aun mas positivo la costumbre de su tiempo. Después de haber dado cuenta á su amigo de los asuntos que Trajano habia llevado á cabo en Centumélles, le añade: «Ya ves que fueron muy bien empleados nuestros dias; pero no concluían ménos bien nuestras ocupaciones. Teníamos la honra de cenar todos los dias con el emperador; la cena era muy frugal, si se atiende á la dignidad de quien la ofrecía. Unas veces la tarde se pasaba en oír comedias ó sainetes; otras tambien una conversacion jovial nos tenia lugar de una diversion que nos hubiese costado mas caro, aunque sin tener mas atractivo para nosotros.»

Heliogábalo no era tan moderado en la eleccion de los placeres con que queria divertirse á los que convidaba á sus cenas. Unas veces hacia caer de las bóvedas de su magnífica sala una abundancia tan considerable de flores que siempre habia alguno que quedaba sofocado con ellas; otras veces mandaba preparar, al rededor de una mesa redonda separada de la suya, una cama en forma de medio círculo llamada *sigma*, y poner en ella hoy ocho hombres calvos, mañana ocho gotosos, otro dia ocho negros, y después ocho morenos, ocho flacos, ocho gordos, que tan apretados estaban, que con dificultad podían moverse y llevar la mano á la boca, mientras que él y toda su corte se estaban riendo al ver su posicion. Sucedió varias veces, y no era una diversion de las mas pequeñas, que hacían aquella cama (*sigma*) de cuero, y la llenaban de viento en vez de lana; y mientras que los que la estaban ocupando no pensaban mas que en comer y beber bien, él mandaba abrir secretamente un tubo que estaba escondido debajo la colcha, se hinchaba la *sigma*, y los infelices se caían debajo la mesa.

Aquellas diversiones, fuese cual fuese su naturaleza, se prolongaban muy á menudo hasta una hora muy adelantada de la noche, lo que

no impedia á los convidados de brindar unos por otros, de presentarse la copa, y de hacer ágüeros por la felicidad de los amigos y protectores. Las fórmulas de aquella ceremonia eran: *Propino tibi, bene tibi, bene illi, bene tali*, etc. Ateneo da á esto el nombre de *ἐγκύβια πίνειν*, y Pólux *κύβιας γυνικια ἐπιλάβειν*. Así iba pasando la copa de mano en mano desde el primer puesto hasta el último.

Luego llegaba entonces un asunto muy grave para todos los convidados, no queriendo derogar á un uso antiguo; se tenia que nombrar un rey. Dice Varron: *Etiám nunc in publico convivio, antiquitatis retinendæ causa, cum magistris fiunt, potio circumfertur*. Caton, en el libro de Ciceron *De senectute*, dice que, á pesar de su vejez, tiene mucha afición á semejantes fiestas, en las cuales todos se desquitan recíprocamente y con gusto; en las cuales el rey da su faena á todos, y cada cual tiene que hacer la parte que le incumbe.

Antiguamente se escogía un rey en las reuniones mas cultas; y Plutarco da un largo discurso sobre las dotes que ha de reunir aquel magistrado, y sobre los escollos que con mas tiento ha de evitar. Su eleccion se hacia de dos modos distintos, ó se echaban suertes con los dados, ó la decidían los convidados.

Asegura Suetonio que el emperador Tito prolongaba muchas veces el convite hasta media noche, al paso que su hermano Domiciano jamas iba mas allá de la puesta del sol. Fuese cual fuese la hora, siempre se le daba fin con libaciones y con votos por la prosperidad del huésped y del emperador. Este vaso de salida se llamaba *poculum boni genii* con el grito *ἕσασε*, *Viva*; y después de esto se lavaban las manos con una especie de pasta que se echaba á los perros. El dueño de la casa distribuía una parte de los restos á los esclavos, y cerraba la otra con llave. Lo que no valía la pena ni de guardarse, ni de darse á nadie, se quemaba, y este sacrificio se llamaba *protervia*. Con este motivo Caton el jóven decia de uno de los discípulos de Apicio, que después de haberse comido todo su haber, habia pegado fuego desgraciadamente á su casa: «Nada ha hecho que no esté conforme con las reglas.»

Al despedirse los convidados de su huésped, recibían de él algunos regalillos, *apophoreta*. Entre los varios ejemplos que de ello leemos en la historia, tres hay cuya prodigalidad es sin medida. Cleopatra, después de un espléndido banquete que dió á Marco Antonio y á sus oficiales en la Sicilia, les regaló las camas, las colchas, los vasos de oro y de plata con todo lo que habia servido; añadió además literas para volverles á llevar á sus casas, y tambien los mismos que les llevaron; y hubo algunos esclavos que murieron por haberles llevado con hachas encendidas en las manos. Los emperadores Vero y Heliogábalo (Capitolino, Lampridio) no hicieron mas que copiar á Cleopatra, y á ellos nadie les copió.

Á lo que cada cual habia vuelto á su casa, si le quedaba tiempo, lo empleaba ó en dar un paseo ó en arreglar algunas cosillas de su familia con la revista que de ella hacia, y todos, así libres como esclavos, daban las buenas noches á su dueño. Así quedaba concluido el día de los Romanos.

§ 85. RELOJES. — LUJO ROMANO.

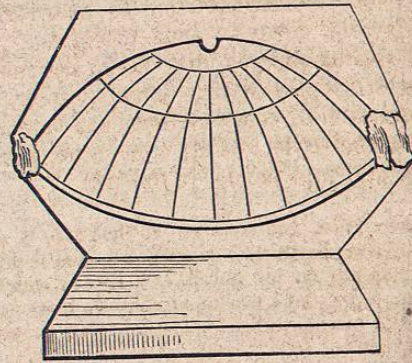
En las casas se tenían esclavos ex profeso para anunciar la hora. (*Puer quot nuntiet horas*; Juvenal. *Horas quinque puer nondum tibi nuntiat*, Marcial.) Otro tanto hicieron los Griegos; y Ateneo, en el IX de los *Δειπνοι*, cita el *αρολογητής λαθαργορος*, nombre empleado también por Bustaquio en el comentario de la *Iliada*.

En su principio no se conocieron mas relojes que los meridianos, y aun estos llegaron á Roma tarde, esto es, diez años ántes de la guerra de Tarento, cuando al cenar Lucio Papiro puso uno en el templo de Quirino; luego Valerio Messala puso otro cerca de los rostros, en 263 ántes de J. C., llevado de Sicilia, y con tanta ignorancia que se creyó podia servir el mismo para Roma y para Catania. Sin embargo, les fué bien durante 99 años, hasta que Marcio Felipe dió otro mas exacto. Despues se hicieron meridianos en muchos palacios y en el frontispicio de los templos y en medio de las héxe-



De los relojes solares habla Fr. Cancellieri, *Las dos campanas del Capitolio*, etc., y mas extensamente Zuzzari, y nuevamente Wöpke: *Disquisitiones archeologicae circa solarium veterum*. Berlín, 1847. Minerui, en el *Bulletino archeologico napoletano* de 1855, dió grabado y con notas un reloj solar osco, hecho en Grecia. En la *Civittá Cattolica* de 1857, el P. Secchi

dras públicas á lo largo de las vias, como se ven en Pompeya. Á uno magnífico, que colocó Augusto en el Campo de Marte, servía de estilo un obelisco. Muchos se han encontrado en Italia. El que trascribimos, descubierto en Túscolo, 1741, es enteramente sencillo; pero andando los tiempos se hicieron otros mas complicados y exactos.



Otro añadimos descubierto en Pompeya, el día 23 de setiembre de 1854, para dar también una muestra de la letra osca, que se lee *Mr. atiniis. Mr. Kvaisstur eitiwad multasi Kad. Kum bennieis tangi* (núd), *aamananessed: Marius adirius Marii* (filius) *Questor pecunia multatitia conventus decreto admandavit.*

ilustró un reloj solar portátil del Museo Kircheriano, de la clase de los *viatoria pensilia* de que habla Vitruvio, lib. IX, 9, y del cual se tiene otro ejemplo en el relojito en forma de jamon, cuya descripción se halla en el prólogo del tomo III de las *Pitture ercolanessi*, publicadas en 1762.

La clepsidra ó reloj de agua, ya de uso co-

mun en tiempo de Aristófanes (V. *Acarnanios* 653. *Avispas* 93 y 827), era un globo lleno de agua, con un agujero del cual salía esta paulatinamente, indicando así el tiempo. La tenían los oradores para conocer la duración de los discursos, y también en los juicios. En otras clepsidras mayores, un objeto flotante, descendiendo á proporcion que salía el agua, denotaba la hora. Vitruvio describe un ingenioso reloj inventado por Cleribio, matemático de Alejandría, donde el agua movía una pequeña estatua que con una flecha designaba las horas. Escipion Nasica Corculo, censor en 159 ántes de J. C., colocó en Roma una clepsidra pública, que sirviera de día y de noche, ya estuviere el tiempo sereno, ya nublado.

El Hebreo Filon, que vivía en el siglo I de la era vulgar, describe un reloj de máquina, que se diferencia apenas de los nuestros. « *Ecce ex materia aerea elegans artis peritus artificiosam machinam solerti ingenio perficiens, instrumentum tempora discriminans dabat civitati, ut temporum quantitate per mensuras divisionis distributam praetaret iis qui vellent assequi notitiam ejus rei. Siquidem circuli artificiosus girus duodecim horarum idem sugerebat per regulatas distantias. Praeterea illud quoque maxime mirari oportet, quod ars ingeniosa materiam examinem variis figuris efformans, vocem figuris ipsis indit diversorum animantium, ita ut automa vocem emit talium animalium viventium.* » (*Sermones tres, hactenus inediti, etc.*, 1822, p. 20.)

Ambos métodos daban la hora como parte cuota del día verdadero, comprendida la noche; mas para el uso comun se dividía el día, desde la salida hasta la puesta del sol, en doce horas, entre las cuales se distinguía la matutina, la tercia, la sexta, la nona y las vísperas; división que se conserva en nuestros oficios eclesiásticos.

Supuesto esto, es fácil colegir que las horas variaban segun la latitud y segun la estación. Ideler (*Handbuch de Chronologie*) calculó la duración aproximada del día natural en Roma para el año 45 ántes de J. C., cuando el calendario fué reformado por Julio César, y á continuación puede verse la duración del día para los ocho principales puntos del curso aparente del sol:

	horas	min.	seg.
Diciembre	23	8	54
Febrero	6	9	50
Marzo	23	12	0
Mayo	9	14	10
Junio	23	15	6
Agosto	10	14	10
Setiembre	25	12	0
Noviembre	9	9	50

La siguiente tabla contiene la comparación entre las horas del día natural de Roma en los dos solsticios y las horas de nuestro día:

Solsticio de verano.

Horas romanas.	Modernas.
1	4 27' 0"
2	5 42' 30"
3	6 58' 0"
4	8 13' 30"
5	9 29' 0"
6	10 44' 30"
7	12 0' 0"
8	1 15' 30"
9	2 31' 0"
10	3 46' 30"
11	5 2' 0"
12	6 17' 30"
fin del día	7 32' 0"

Solsticio de invierno.

Horas romanas.	Modernas.
1	7 33' 0"
2	8 17' 30"
3	9 20' 0"
4	9 46' 30"
5	10 31' 0"
6	11 15' 30"
7	12 0' 0"
8	12 44' 30"
9	1 29' 0"
10	2 13' 30"
11	2 58' 0"
12	3 42' 30"
fin del día	4 27' 0"

La hora entre los Romanos se dividía en *puntos*, de doce minutos modernos; minuto la mitad de un punto; *parte*, igual á cuatro minutos de los nuestros; *momento*, igual á minuto y medio; *instante*, igual á un minuto nuestro. Además llamaban *dostrans* tres cuartos de hora, *semihora* la media hora, *quadrans* el cuarto, *semuncia*, la vigésima cuarta parte.

Despues de describir los 14 vasos de plata encontrados en una casa de Pompeya en 1835, concluye de esta manera el señor Quaranta: « *Figurémonos una de aquellas salas adornadas, bien de sofitos movibles (SENECA, Epist. 29: « Versatilia conationum laqueata, tabulis eburneis versatilibus, ut flores fistulis et unguenta desuper spargerentur, praecipua conationum rotunda, quae perpetuo diebus ac noctibus vice mundi circumagerentur* »), bien de archivoltas sostenidas por columnas de mármoles ultramarinos de mancha fina y escogido grano, con capiteles de grabados en extremo raros, cerradas por paredes colgadas de púrpura, y vestidas de paños soberbiamente recamados (TERTULIANO, *De hab. mul.* capítulo 5: « *Parietes tyriis et hyacinthinis, et illis regis velis, quae vos operose resoluta transfiguratis, pro pictura abutuntur* »), en los cuales aparecian, ora cuadros admirables coronados de preciosas cornisas, con retratos compuestos de perlas y piedras preciosas, ora tubos que contenian flores y aceites olorosos, y también á menudo espejos del tamaño de un hombre y sumamente costosos. En el suelo mosaicos, que á causa de los millares de piedrecillas de distinta forma y color, merecieron el nombre de pinturas marmóreas